

Immanuel Wallerstein y las ciencias sociales latinoamericanas

RICARDO A. YOCELEVZKY R.*

RESUMEN

El presente artículo analiza la importancia de la obra Immanuel Wallerstein en las ciencias sociales latinoamericanas, su trabajo a pesar de haberse retardado en la sociología latinoamericana, cobró importancia en tanto que su planteamiento representaba un cuestionamiento al conocimiento establecido, o si se prefiere, la ideología dominante, en particular a la teoría de la modernización. Asimismo en su obra discute sobre las respuestas a las polémicas de los latinoamericanistas en torno a la concepción de un sistema mundial de un mundo de estados-naciones que se ven como algo natural y en el cual se establecen los cambios políticos económicos y sociales, sobre todo para comprensión de la democracia como mercado político, como opción para la comprensión de la transición del socialismo al capitalismo en Europa Oriental así como para comprender los procesos de reconstrucción democrática post dictatoriales en América Latina. En síntesis, se presentan así los elementos importantes en la obra de Wallerstein para la posibilidad de discutir la situación actual desde un punto de vista que no comienza por aceptar la fatalidad del liberalismo dominante.

Palabras clave: Sistema mundial / Capitalismo / Liberalismo

ABSTRACT

This article discusses the importance of Immanuel Wallerstein's work in Latin American social sciences, his work despite being delayed in American sociology, became important in both its approach represented a challenge to the established knowledge, or if you prefer, ideology dominant, particularly modernization theory. It also discusses in his answers to the polemics of Latin Americanists around the concept of a world system of a world of nation-states that are as natural and which establishes the economic and social policy changes on especially for understanding of democracy as political market, as an option to compress the transition from socialism to capitalism in Eastern Europe and to understand the processes of democratic reconstruction post dictatorial in Latin America. In short, the elements are so important in the work of Wallerstein for the opportunity to discuss the current situation from a point of view that does not begin with accepting the inevitability of dominant liberalism.

Key Words: global System / Capitalism / Liberalism

INTRODUCCIÓN

A casi cuarenta años de la aparición del primer volumen de su obra mayor, “El moderno sistema mundial”, decir algo acerca de la relevancia para América Latina de las contribuciones de Immanuel Wallerstein requiere distinguir varios planos. Por una parte, está la disciplina sociológica, en la cual este ubica autor su quehacer principal, luego están las resonancias interdisciplinarias en el conjunto de las ciencias sociales y los estudios históricos y, finalmente, el impacto en aquellas discusiones ideológicas en las que se busca argumentar usando el lenguaje o las teorías de las ciencias sociales.

En la sociología, como disciplina institucionalizada, las universidades de América Latina habían sido seguidoras de la sociología norteamericana de la posguerra hasta los años sesenta, cuando el impacto de la revolución cubana y las variantes europeas occidentales del marxismo provocaron una reorientación que

* UAM-Xochimilco. Departamento de Política y Cultura.

puede ser descrita como cambio de paradigma. La recepción del trabajo de Wallerstein se retardó, en algún sentido, debido a que la sociología latinoamericana ya no prestaba atención a lo que ocurría en Estados Unidos del mismo modo que en el período de implantación como “nueva” disciplina. Es importante recordar esto porque la recepción en su país de origen fue muy notable. Al siguiente año de la publicación de ese primer volumen, éste fue premiado y la principal revista de la disciplina, *American Journal of Sociology*, organizó un simposio en el que las tesis expuestas por Wallerstein fueron discutidas en el contexto de su significación para la sociología norteamericana (Skocpol, Janowitz, Thirsk s/f: 1075–1102).

La traducción al español de ese volumen tardó cuatro años, tiempo relativamente breve para los tiempos de recepción del conocimiento expuesto en otros idiomas, que además de intereses académicos, está determinado por los intereses económicos de la industria editorial y por la situación ideológica del momento. Sin embargo, la incorporación de las ideas de Wallerstein a la discusión de los problemas latinoamericanos tomó todavía varios años más. Esto puede ser atribuido a que la publicación de la obra referida coincidió con el período de cambio político que tuvo fuertes repercusiones en las ciencias sociales latinoamericanas, sólo comparables con las que había tenido un par de décadas antes la revolución cubana, en la segunda mitad del siglo XX (Yocelvezky, 1997: 319-334).

Entre 1971 -año del golpe militar en Bolivia que derrocó al general Juan José Torres- y 1976 -cuando los militares argentinos asumieron públicamente la represión contra las fuerzas de izquierda, ya en curso durante el gobierno de Juan Domingo Perón en 1974, lo que había sido una oscilación hacia las posiciones progresistas en Sudamérica, cuyo punto culminante fue el intento de transición pacífica al socialismo liderado por Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile entre 1970 y 1973- las dictaduras militares, de nuevo y viejo cuño en la región, hicieron de las ciencias sociales disciplinas errantes que debieron avocarse, en primer lugar, a la explicación de las coyunturas y, en segundo, a la teorización de los cambios políticos que se profundizaron hasta alcanzar en la década siguiente el carácter de una nueva ideología dominante, asociada a un cambio en el modelo de desarrollo (Tello e Ibarra; 2012).

Las dictaduras militares de derecha rompieron los procesos democráticos en Argentina, Chile y Uruguay, al tiempo que reorientaban a los gobiernos militares de Bolivia, Ecuador y Perú, que se sumaron a

las dictaduras de Brasil y Paraguay que ya existían. De veinte repúblicas latinoamericanas, entre 1973 y 1980, sólo entre 6 y 7 tuvieron gobiernos electos, y en Sudamérica sólo Colombia y Venezuela no tuvieron gobiernos militares.

En estas condiciones, el tema principal de las ciencias sociales en la región fue “democracia y dictadura”, desplazando al desarrollo nacional, sobre el cual gravitaba el planteamiento de las contribuciones de Wallerstein. Por esta razón, discutiremos primero el ambiente ideológico-político que se vivía durante la recepción de su obra “El moderno sistema mundial” en las ciencias sociales latinoamericanas.

1. CIENCIAS SOCIALES E IDEOLOGÍA POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

La historia de las ciencias sociales en las universidades latinoamericanas está indisolublemente unida a los problemas del desarrollo nacional tal como estos fueron planteados en el nuevo entorno institucional de la segunda posguerra. La economía de inspiración estructuralista produjo la única contribución original latinoamericana, reconocida como tal, al acervo de las ciencias sociales universales, la teoría desarrollista asociada con el nombre de Raúl Prebisch y la CEPAL, una comisión regional del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (Deutsch, 1981: 33-36).

Las escuelas de sociología surgieron, salvo algunas excepciones, en los países más grandes de la región con el apoyo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), una escuela patrocinada por la UNESCO, el organismo de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura (Franco, 2007). Los gobiernos recibieron apoyo para la formación de cuadros especializados en técnicas de planeación a través del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), además de los intercambios con universidades de Europa y Estados Unidos.

La idea del desarrollo nacional cubrió la totalidad del horizonte ideológico de América Latina, como meta incuestionable, que requería de los conocimientos técnicos provenientes de las disciplinas sociales, dejando a la lucha política la resolución de las mejores vías para alcanzarla. Tanto así, que cuando la Revolución Cubana sacudió la región, su modelo de socialismo fue asumido más como una vía alternativa hacia el desarrollo que como una propuesta de reorganización de la sociedad sobre la base de valores alternativos a los predominantes.

El desarrollo, como meta, exigía un tipo de ciencia social particular. No sólo en términos de las teorías y

los métodos considerados adecuados, que llegaron a ser predominantes en la formación de los científicos sociales latinoamericanos, sino en una estructuración interdisciplinaria exigida por la complejidad de la noción de desarrollo que se proponía como eje de un verdadero paradigma científico¹. A la economía estructuralista se sumó la sociología de la modernización y la teoría del desarrollo político. La integración de todo esto no era fácil, pero había un elemento ideológico que proporcionaba una base indiscutible de unificación: el desarrollo nacional. La ideología nacionalista había facilitado la estructuración de Europa después de la Primera Guerra Mundial, integrando a los sectores obreros socialdemócratas a una vida política democrática a través del derecho al sufragio y la participación de sus partidos en los parlamentos y, en otros casos, al movimiento fascista, con componente ideológico nacionalista. El primer experimento socialista -la Unión Soviética- se incorporó con Stalin a la ola nacionalista, tras la idea de la construcción del socialismo en un solo país. En América Latina, la integración subordinada de los sectores populares se dio a través de los modelos corporativistas y del llamado populismo latinoamericano, en cuyo caso también un componente ideológico fundamental fue el nacionalismo, pero cuyo valor político central fue la estabilidad y no la democracia.²

La revolución cubana impulsó una visión crítica de la experiencia desarrollista que encontró su expresión en las ciencias sociales en las teorías de la dependencia y, en general, en una versión latinoamericana del marxismo estructuralista francés.³ Sin embargo, al centro de la discusión permanecía el carácter nacional del desarrollo (recuérdense las discusiones acerca del carácter de las burguesías latinoamericanas); expresión que ponía de manifiesto los insatisfactorios frutos de la puesta en práctica de las políticas desarrollistas en lo ideológico, pero también era la expresión de un proceso general que, en América Latina, tuvo un desarrollo característico: la masificación de la educación superior. Tal fenómeno era, a su vez, parte del resultado del período de crecimiento económico más impresionante de la historia, que tuvo lugar a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial.

La inflexión que el fin de ese período de crecimiento impuso al desarrollo de todo lo estructurado

a partir de los resultados de la guerra, inaugura el período en que nos encontramos hoy. Caracterizado por la crisis de todas las estructuras que formaban ese orden, tanto a nivel internacional como a nivel de cada estado nacional. Este período es el que, desde todos los ámbitos en que se experimentan y sufren los cambios que lo caracterizan, se conceptualiza como globalización. Para América Latina y las ciencias sociales que aquí se practican esto ha significado cambios muy importantes que muchas veces nos sumen en la perplejidad.

2. EL SIGNIFICADO DE LA PROPUESTA DE WALLERSTEIN

Desde la introducción misma del primer volumen de su obra principal, “El moderno sistema mundial”, se hace patente que las múltiples conexiones y consecuencias del planteamiento inicial representan un cuestionamiento al conocimiento establecido, o si se prefiere, a la ideología dominante en el campo de las ciencias sociales. Explícitamente, se plantea una crítica a la teoría de la modernización, pero la propuesta de unidad de análisis para el estudio del cambio social cuestiona, al mismo tiempo, las relaciones supuestas entre teoría y metodología en sociología, así como las establecidas entre teoría e investigación empírica en historia. La visión que propone Wallerstein, si bien resulta más compleja, es una salida a múltiples preguntas sin respuesta en las que naufragaban los dos paradigmas que dominaron el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, el desarrollismo cepalino y las varias teorías de la dependencia.

En la introducción de su obra Wallerstein señala que “el único sistema social era el sistema mundial”, y propone no una nueva respuesta a las preguntas que centraban las polémicas entre los latinoamericanos, sino lo que, muchas veces, constituye el único avance real del conocimiento: cambiaba las preguntas. El punto de partida que lo lleva a esta conclusión, tal como él mismo lo relata, es que “me hice consciente del grado en que la sociedad como abstracción quedaba grandemente limitada a sistemas político-jurídicos como realidad empírica”. En un mundo de estados-naciones, estos aparecen como una realidad tan evidente que son tomados con “naturalidad” como las unidades empíricamente descriptibles de la economía, la sociedad y el sistema de dominación.

En el caso de América Latina, la visión desarrollista (en el sentido general de evolucionismo al que se refiere Wallerstein en su introducción y no al específico enfoque cepalino), dominaba de tal modo el horizonte ideológico de las ciencias sociales, que

1. El término “paradigma” se usa aquí para designar la unidad de análisis y criterio de periodización en la historia de alguna rama del conocimiento.

2. El sistema político mexicano es uno de los casos más importantes.

3. Hay que recordar la importancia que tuvo el opúsculo de Régis Debray “¿Revolución en la revolución?”; Cuadernos de Casa de las Américas, La Habana, 1967.

el marxismo estructuralista, y su esquema de sucesión de modos de producción, era aplicado con la misma lógica que cualquier otro esquema teórico que prescribiera una sucesión de etapas de desarrollo. Es más, el socialismo mismo era concebido como una vía de desarrollo económico más que como un modelo de sociedad diferente. De hecho, Wallerstein tuvo que enfrentar en Estados Unidos algunas críticas semejantes a las que se dirigieron a Andre Gunder Frank en América Latina en los años sesenta (Frank, 1971). La diferencia importante entre ambos casos es que Wallerstein no aparecía asociado al programa de revolución socialista inspirado por el castrismo. Al cambiar la unidad de análisis, lo que hizo fue radicalizar en un sentido teórico metodológico una posición que tenía antecedentes muy importantes en América Latina.

Un conjunto de críticas hechas al género de teorización en el que se inscribe Wallerstein, se puede resumir en la queja por la relativización de la importancia que los actores nacionales (clases) tienen, a partir de explicar su carácter no por su participación en relaciones de producción que definen el ámbito nacional de la economía, sino por su participación en un sistema mundial de acumulación, que define sistemas nacionales de dominación, y cuyos elementos observables, las relaciones que lo muestran como sistema mundial (internacional), se ubican en el campo de la circulación y no en el de la producción. Esta queja es compartida por marxistas y nacionalistas de varios tipos. Para los primeros, el problema radica en que los actores de la política nacional no quedarían definidos por el modo de producción “dominante”, lo cual genera todo tipo de cuestionamientos a las políticas de alianzas vigentes por décadas en las izquierdas latinoamericanas, desde los frentes populares hasta los frentes de liberación nacional. Para los segundos aparecen como amenazas, por una parte, la posibilidad de encontrar explicaciones fuera de la historia nacional y, consecuentemente, por otra, el cuestionamiento a las justificaciones de acciones políticas explicadas en términos de especificidades nacionales tan fuertes que convertían a cada caso en excepcional por sus propios méritos y, por lo tanto, no reductible a explicaciones que usen conceptos pertenecientes a teorías de pretensiones universalistas.

Sin embargo, como se ha dicho, el planteamiento de Wallerstein se ubica en el terreno en el cual han tenido lugar las únicas contribuciones de latinoamericanos que hayan recibido algún grado de reconocimiento general en las ciencias sociales. La teoría desarrollista, asociada con el nombre de Raúl Prebisch y la CEPAL, contiene la primera conceptualización de

la economía mundial como un sistema que articula un centro y una periferia, y no como un agregado de unidades nacionales que, con todas las especificidades que se les quiera conceder, están embarcadas en un proceso evolutivo único, sea éste una sucesión de etapas de desarrollo, a la Rostow, o de modos de producción, en el modelo de marxismo más difundido en la época a la que se está haciendo referencia. Este planteamiento contiene ya el potencial que permite cuestionar la visión de los problemas de los países latinoamericanos, y del tercer mundo en general, en términos de “atraso” en relación con otros países que les llevarían sólo alguna ventaja pero dentro de la misma ruta. De lo que se trata es que no todos los países van recorriendo el mismo camino en un orden en el que unos se ubican más adelante que otros y, por lo tanto, su experiencia sería aprovechable por los que les siguen. Lo que ocurre es que el sistema mundial tiene una historia que es recorrida por todos los países al mismo tiempo desempeñando papeles distintos, en una estructura que es contemporánea a todos. De este modo, el centro y la periferia tienen una historia única, que recorren juntos, al mismo tiempo, estructurando y reestructurando sus relaciones. Tomados por separado, como unidades nacionales, la historia de los países del centro no prefigura la historia de los periféricos, son historias diferentes.

Esta primera teorización del sistema se ubicó en el campo de la teoría del comercio internacional. Sin embargo, su impacto como “paradigma” del conjunto de las ciencias sociales latinoamericanas generó “modelos” de crecimiento económico (“hacia afuera” y “hacia adentro”) que, a su vez, dieron lugar a una periodización de la historia económica que produjo una revisión de la historia nacional, de la mayoría de los países latinoamericanos. En la práctica, los programas de desarrollo nacional inspirados en esta forma de pensamiento suponían una alianza social (de clases y sectores diversos), que coincidía objetivamente con la política de los partidos comunistas latinoamericanos durante la década de los cincuenta, aún cuando para éstos el fundamento fuera un análisis en términos de “atraso” en el desarrollo de la sucesión de modos de producción (restos feudales), lo que daba un carácter progresista a una burguesía a la cual, además, se la suponía “nacional” en sus intereses.

Es por esto que la revolución cubana de 1959 fue el disparador de una crisis de la política de los partidos comunistas y de su teorización de la situación de los países latinoamericanos, de la cual surgió el complejo de teorías llamadas de la dependencia, mientras por otra parte, la política de los Estados Unidos de

Norteamérica hacia América Latina recogió algunos planteamientos del desarrollismo cepalino en su programa de “alianza para el progreso”, buscando generar una alternativa que previniera una repetición del caso cubano.⁴ Empero, los resultados de la aplicación de estas políticas de desarrollo generaron también un impulso crítico hacia sus fundamentos teóricos, que se sumó al nuevo “paradigma” dependentista.

Cuando se publica el primer volumen de Wallerstein en 1974, y más aún al momento de su traducción al castellano en 1979, la situación política y el ambiente ideológico de América Latina habían cambiado. Las experiencias desarrollistas más radicales en su nacionalismo, incluyendo el intento de tránsito al socialismo en Chile, habían sido aplastadas por golpes militares que, en general, habían instaurado dictaduras consideradas de un nuevo tipo en América Latina, inaugurado en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966. Todo esto contribuyó a que el impacto de estas publicaciones fuera menor en América Latina que en los ámbitos de izquierda académica de los Estados Unidos de Norteamérica.

Las teorías de la dependencia habían tenido su propia crisis a comienzos de la década de los setenta, pero un punto por aclarar es si esa crisis fue el producto de las derrotas políticas y militares que representaron para la izquierda latinoamericana los golpes militares y las subsecuentes dictaduras, o bien esas derrotas encontraron a una izquierda ya medio desarraigada ideológicamente a raíz de la disolución académica del pensamiento dependentista. En todo caso, lo que se debe notar es que el mundo ideológico latinoamericano cambió, no tanto por el debilitamiento del pensamiento dependentista como por el ascenso a la posición dominante del pensamiento económico que, en términos un poco laxos, en América Latina se denomina neo-liberal.⁵ Este pensamiento significó para las ciencias sociales latinoamericanas el fin de una forma de trabajo interdisciplinaria, impuesto de una u otra manera por los dos paradigmas anteriores (el desarrollismo y el dependentismo) y por la complejidad de sus conceptos nodales (desarrollo y dependencia).

En el terreno epistemológico, la forma dominante del pensamiento económico hoy supone que su disciplina, la Economía, contiene una teoría compuesta por

ciertas formulaciones de valor universal (leyes científicas) aplicables a toda unidad (economía nacional, por ejemplo), sin considerar diferencias empíricas, ni mucho menos históricas. De ahí la uniformidad de las recetas de política económica que se aplican en diferentes países y que reduce a la Economía a una teoría sobre esas políticas. Disciplinas como la sociología y la ciencia política se ocupan de fenómenos que tienen ámbitos propios, relacionados pero no integrados con la economía. Esta tendencia no les fue impuesta a los sociólogos y politólogos latinoamericanos por los economistas, ya sus formas de teorización estaban en crisis como fundamentos de programas políticos en el poder o con esperanzas de alcanzarlo, pero se volvieron impotentes para explicar las derrotas. El único intento de teorizar la situación política de los países latinoamericanos, en términos de formas de estado correspondientes a formas de desarrollo, está representado por el concepto de estado burocrático-autoritario de O'Donnell (1977). En lo demás, la ciencia política latinoamericana pasó de la discusión acerca de una caracterización de los regímenes militares (fascistas o no) a la de los procesos de democratización, que reducen el problema a cuestiones de procedimiento, dejando fuera explícitamente el contenido económico y social de dichas democracias. En esto, y no es casual, no hay nada específicamente latinoamericano como desarrollo ideológico de las ciencias sociales. Por supuesto que el impacto del derrumbe del socialismo real (burocrático-autoritario[?]) tiene mucho que ver con la evolución ideológica de los científicos sociales latinoamericanos. Desde un punto de vista muy general, se puede decir que la economía dominante identifica al mercado como el modelo general de conducta social y es seguido por los sociólogos y politólogos en sus análisis, suponiendo que el modelo de conducta individual y relacional representado en el mercado contiene una lógica general que permite comprender los fenómenos de estos otros ámbitos. La comprensión de la democracia como mercado político aparece como una opción teórica para comprender la transición del socialismo al capitalismo en Europa Oriental, así como para comprender los procesos de reconstrucción democrática post dictatoriales en América Latina.

En este punto es importante recalcar que, la visión dominante en el campo de las ciencias sociales, no es más que un reflejo de la situación de fuerzas ideológicas en general. Los supuestos más difundidos son que: muerto el socialismo real, no hay alternativas al capitalismo; el capitalismo es una economía de mercado; la democracia es un mercado político; no

4. El discurso de John Kennedy, presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, en el que anuncia el programa Alianza Para el Progreso contiene párrafos completos que reproducen parte de un memorándum redactado por el mismo Raúl Prebisch. Ver, Edgar J. Dosman, *The Life and Times of Raúl Prebisch 1901 – 1986*, capítulo 16, “The Kennedy Offensive”, pp. 350 -377.

5. Ver Tello e Ibarra, *op. cit.*

hay alternativa a las políticas económicas liberales en aplicación en casi toda América Latina, las cuales son democráticas en tanto respeten el mercado electoral y disminuyan la intervención del estado en la economía que caracterizó a las políticas del período anterior.

Los problemas sociales y políticos no son ni siquiera planteados en un terreno que no sea el de la aplicación de técnicas para su solución, definidas en el marco de la ideología dominante, por ejemplo, la lucha contra la pobreza. Sin embargo, hay una serie de fenómenos que requerirían una consideración un poco más compleja de la que reciben hoy. Uno muy importante es el papel del estado, que aun cuando sea jugando un papel diferente al que se le asignaba tradicionalmente en las políticas desarrollistas, es un actor principal del proceso actual de desarrollo. Ciertamente, el estado no está desapareciendo en América Latina, por el contrario, es el actor central de los procesos de privatización, los cuales han dado lugar a acumulaciones de capital nunca antes vistas en la región, rodeados de corrupción en algunos casos, y, por otra parte, cumpliendo sus funciones tradicionales de dominación, incluso endurecidas cuando encuentra resistencia a las nuevas políticas que aplica.

Desde el punto de vista de la ideología liberal, esto es la más sana separación de la economía y la política. Desde el punto de vista de algunas críticas de izquierda, nacionalistas o marxistas, esto es la entrega total de los gobiernos latinoamericanos a los dictados de los organismos financieros internacionales dominados por los Estados Unidos de Norteamérica. En el primer caso, los ejemplos de corrupción son un problema de moral individual, por difundidos que sean, pero nunca un mecanismo normal de relación entre el poder económico y el poder político, de uso de uno por parte del otro y, menos aún, un mecanismo de conversión de uno en el otro. Por último, un pesimista liberal podrá atribuirlo a una incorregible naturaleza humana.

Desde el punto de vista del marxismo latinoamericano esto es producto de la dominación ideológica del imperialismo sobre las burguesías que renuncian a su carácter nacional, lo cual equivale a reducir también el asunto a una cuestión moral, aunque sea con un enfoque colectivo (clasista). Por supuesto, hoy en día esto suena tan ridículo que ni siquiera se llega a plantear y muchos prefieren trasladarse en silencio y casi por omisión al campo liberal. En este punto, el pensamiento latinoamericano vuelve a encontrarse con los problemas que no pudo resolver en el período desarrollista y que abandonó sin respuesta. Algunas de ellos podrían buscarse a partir de algunos de los

planteamientos de Wallerstein, a condición de abandonar, al mismo tiempo, los dogmatismos marxista y neoliberal, que se han apoderado del sentido común académico de la misma manera, hablando los mismos argumentos y, lo que quizás es peor, por las mismas bocas.

Si se buscan las reacciones que provocó el primer planteamiento de Wallerstein en el ámbito académico y en la izquierda norteamericana, se van a encontrar las objeciones que representan la resistencia de la ideología dominante a un cuestionamiento que toca sus contenidos sustantivos y supuestos en los que descansa esa dominación. Por una parte, está la objeción que busca mostrar las limitaciones del enfoque propuesto frente a otros presentados como alternativos. Luego están las críticas empíricas, las que buscan destacar que la teoría empleada no da cuenta de algunos hechos, la crítica lógica y metodológica, centrada en inadecuaciones del razonamiento empleado por el autor y, por último, la crítica doctrinaria, que por razones políticas o de fidelidad intelectual busca recriminar el uso de los conceptos tomados de alguna autoridad y cuestionar la fidelidad del autor al texto establecido.

La crítica doctrinaria repitió buena parte de las objeciones que enfrentó en su tiempo, en América Latina, André Gunder Frank. La principal de ellas, fue el carácter “circulacionista” de las teorizaciones centradas en el sistema mundial. El principal problema que representa el enfoque del sistema mundial consiste en que no se puede, en los casos nacionales, deducir el carácter concreto de actores sociales como las clases, a partir de la definición de un “modo de producción” como concepto teórico. La visión que lo hacía, se enfrentaba a problemas insolubles al pretender “explicar” normativamente la conducta de las clases sociales. La no coincidencia entre el esquema teórico y la observación empírica conducía a modificar el programa político en función de “tareas” históricas pendientes (siendo la más frecuente, en el caso de los países latinoamericanos, la revolución democrático-burguesa). De ahí que el primer ataque de Frank haya sido contra la noción de persistencia del “feudalismo” en América Latina, pues para enfrentar la inconsistencia entre la observación de relaciones no propiamente capitalistas en amplios sectores de América Latina con la definición de un programa de lucha por una revolución socialista, se recurrió a distintas soluciones, siendo la más coherente el “excedente económico”, concepto más general que el de “plusvalía”, propuesto por Baran. Esto permitió concebir el llamado sistema solar de Frank, un encadenamiento de

metrópolis y satélites más amplio que un estado-nación en el cual se incluía la explotación internacional, pero también interno a cada estado-nación al describir, por ejemplo, las relaciones interregionales. Las objeciones a dicha solución fueron que, mientras el sistema se ubicaba en el terreno histórico, el modo de producción lo hacía en teórico y, que la explicación de los procesos políticos no se encontraría en cada país, en la lucha de clases, sino en el exterior, en la dependencia externa.

La solución de Wallerstein es más radical y más compleja. Al separar el sistema mundial (entendido como sistema social), de los sistemas jurídico-políticos de dominación (estados nacionales), genera un campo de relaciones entre lo político y lo económico en el que no se puede deducir fácilmente uno del otro. La crítica más general, que es la misma que recibieron los dependentistas latinoamericanos, es que la explicación de los procesos políticos se vuelve externa. Por el contrario, el agregar una categoría intermedia de países de la semi-periferia, se hace más compleja la tipología de situaciones “internas” a considerar, las cuales no pueden ser deducidas de la estructura externa sino que tienen que ser estudiadas históricamente. Esto permite dinamizar el estudio del sistema en su conjunto, al permitir examinar cambios en las posiciones relativas de los países en el sistema mundial, pero con limitaciones. Los países no transitan caprichosamente entre el centro, la semi-periferia y la periferia. Los conflictos políticos nacionales tienen distinto sentido en cada categoría y los actores y sus ideologías se ven refractados por la posición del país en el sistema mundial. Esta visión más compleja permite disolver algunas paradojas del análisis político en América Latina, pero cuestiona el carácter y los intereses imputados a los actores sociales a partir de su definición en el modo de producción dominante en el país. Sin embargo, más que el debate político, prácticamente cancelado después de las derrotas de los años setentas, lo que queda es el debate académico, iniciado en América Latina, abandonado después de esas derrotas y continuado por Wallerstein en otro ámbito académico y político. En el debate están en cuestión dos puntos: primero, el concepto de capitalismo y, segundo en qué consiste la contribución de Marx y qué nos queda de ella hoy.

Tomando dos ejemplos de polémicas acerca de estas cuestiones, Wallerstein fija su posición de manera inequívoca en el debate entre Ernesto Laclau y André Gunder Frank, lo mismo que en el debate entre Maurice Dobb y Paul Sweezy a comienzos de los años cincuenta, “la cuestión sustantiva, desde mi punto de

vista, se refiere a cuál es la unidad de análisis apropiada para propósitos de análisis comparativo. Básicamente, a pesar de que ni Sweezy ni Frank son suficientemente explícitos en este punto, y de que tanto Dobb como Laclau pueden señalar textos de Marx que parecen indicar claramente que ellos siguen más fielmente el argumento de Marx, yo creo que tanto Sweezy como Frank siguen mejor el espíritu de Marx, aún cuando no la letra, y que, dejando a un lado a Marx, ellos nos acercan más que sus oponentes a una comprensión de lo que realmente ocurrió y de lo que está ocurriendo” (Wallerstein, 1979: 9).

Este es un párrafo particularmente herético, lo era cuando fue escrito (la publicación original es de 1974) y lo es hoy cuando el discutir a Marx con cualquier pretexto parece fuera de moda. El punto interesante es que Wallerstein afirma que su concepto de capitalismo, como característica de una economía-mundo, tiene como rasgo esencial “la producción para la venta en un mercado en el cual el objetivo es realizar la máxima ganancia”. Más adelante explica cómo la “producción para el mercado” no implica necesariamente trabajo asalariado y, aún menos, producción industrial. Para Wallerstein, capitalismo significa “trabajo como mercancía”, seguro, “pero en la era del capitalismo agrario, el trabajo asalariado es sólo uno de los modos como el trabajo es reclutado y recompensado en el mercado de trabajo”. Esto es suficiente para mostrar en qué consiste la posición circulacionista de Wallerstein y cómo su posición requiere incorporar en un mismo esfuerzo la construcción teórica y el estudio histórico. Esto mismo hace que rechace la congelación de “etapas” de desarrollo en “tipos ideales”, reunidos luego en una sucesión que pretende ser una teoría a-histórica del desarrollo. Al rechazar por igual las etapas de Rostow y los “modelos” contruidos sobre los modos de producción de Marx, Wallerstein cita a Braudel para especificar que el poder del modelo de Marx está en el marco de la larga duración, en la evaluación de la continuidad y el cambio en el nivel estructural y que la división de estos procesos largos en “etapas” es sólo un instrumento de la explicación retrospectiva y no un modelo predictivo. Siendo el capitalismo un modelo de este tipo, el rechazo a los esquemas de etapas tiene consecuencias inmediatas para las discusiones de las ciencias sociales latinoamericanas en los últimos cuarenta y cinco años. Sin embargo, el cuestionamiento es todavía más profundo, al poner en duda la relación entre el capitalismo y su modelo anterior, el feudalismo, y el que se suponía fuera su reemplazo histórico, el socialismo.

En la conceptualización dominante “hace cuarenta años” se suponía un claro contraste entre feudalismo, capitalismo y socialismo, y este contraste estaba centrado en la existencia del mercado, como rasgo distintivo del capitalismo, con el cual se llega en muchos casos, aún hoy a identificarlo. Desde el punto de vista histórico esto es cuestionable dada la existencia de mercados, aun cuando no se trate del tipo de mercados que existen en el capitalismo. A pesar de esto, la diferencia conceptual que se establecía en este punto entre los dos sistemas, fue siendo erosionada por la investigación histórica.

Por otra parte, los países del socialismo real no parecen haber abandonado del todo el mercado mundial y, en su interior, la tendencia a la liberalización dio lugar al concepto de socialismo de mercado. Si el mercado no permite distinguir por su sola existencia al capitalismo de los otros dos sistemas, queda el recurso de transformar la distinción en una cuestión de grado, con lo cual el capitalismo pasaría a ser una economía en la que el mercado es dominante. Sin embargo, el capitalismo contiene al mismo tiempo un rasgo opuesto al mercado, el monopolio. Esto último constituye también un cuestionamiento empírico. Si Adam Smith y Karl Marx consideraban como “normal” la competencia capitalista -tanto desde el punto de vista ideológico como desde el punto de vista estadístico- y al monopolio como una excepción contra la que había que luchar, la investigación histórica muestra que, al menos desde el punto de vista estadístico, “no es cierto en absoluto que el monopolio sea poco frecuente”. Como dice Wallerstein, basta leer a Braudel para constatar lo contrario. Es Braudel quien distingue tres niveles: la vida material, el mercado y el capitalismo; el mercado es una zona transparente, en tanto la vida material, por debajo, y el capitalismo, por arriba, no lo son. Sin embargo, esto ocurre por razones diferentes. La vida material, la rutina inconsciente de la vida diaria, es difícil de registrar y, por lo tanto, es difícil observarla para el historiador. El capitalismo es una zona en la que ciertos grupos privilegiados están “involucrados en circuitos y cálculos que no son accesibles para la gente común” (Wallerstein, 1991b: 209). De este modo, el concepto de capitalismo asume un nuevo carácter, y aquello que se consideraba excepcional pasa a ser su rasgo definitorio. Como dice Wallerstein con respecto al capitalismo Braudel pone todo “patas arriba”.

Esta inversión conceptual tiene profundas consecuencias para todos los científicos sociales y los historiadores. Por supuesto, como todo aporte de esta

envergadura, plantea más preguntas que respuestas. Sin embargo, a partir de las consecuencias que señala Wallerstein, y refiriéndonos a la tradición en la cual vivimos las ciencias sociales latinoamericanas, podemos examinar algunos debates que hicieron historia en la ciencia y la ideología latinoamericanas, pero quizá más importante que eso, podemos poner en cuestión algunas seguridades básicas del nuevo sentido común científico dominante en América Latina respecto de algunos problemas.

Un primer problema al que se dedicó tiempo y esfuerzo es el de la identificación de fracciones de clase en la burguesía de acuerdo con las fracciones o tipos de capital: comercial, industrial, financiero. Además de la cuestión del carácter nacional de la clase dominante en cada país de América Latina, estos análisis de fracciones de esta misma clase ocupaban un lugar importante en las discusiones de táctica y estrategia de la izquierda, política de alianzas y en la explicación de la conducta del estado y del gobierno en algunos países, durante algunos períodos y en algunas coyunturas importantes.

Respecto de este problema Wallerstein dice: “¿Cuánta tinta ha corrido ya, y sigue corriendo hoy, para determinar el supuesto dominio de un sector sobre otro en tal o cual momento de la historia? ¿Cuántas teorías se han elaborado en base al modelo de una especie de historia natural, que abarque desde el capital comercial al capital industrial y finalmente al capital financiero? ¿Cuántas confusiones existen acerca del papel y de la propia existencia de los capitalistas agrarios?” Y sin embargo, agrega, se trata de un problema inexistente. “La diferencia que hay que subrayar no es la que existe entre comerciantes industriales y financieros sino entre especializados y no especializados. Existe una correlación muy marcada entre esta primera distinción y la diferenciación grande/pequeño, mundial/local/nacional, sector monopolístico/sector competitivo, es decir, entre lo que Braudel llama capitalismo y lo que denomina mercado.”

Una segunda consecuencia de este planteamiento, que no es “específicamente braudeliana”, pero en la que los escritos de Braudel son de gran fuerza para enfrentar la resistencia ideológica que su explicitación provoca es “la siguiente verdad: todo monopolio es político [...] La idea de que se puede ser capitalista (en el sentido de Braudel) sin el Estado, incluso en contra del Estado, es sencillamente descabellada. Digo sin el Estado, pero ello no significa el propio Estado del capitalista; a veces ocurre precisamente todo lo contrario” (Intervención de Wallerstein en Braudel, 1994: 106-109)

Esta segunda consecuencia es quizá la de mayor resonancia, por lo menos en el terreno de la teoría

sociológica, retomando sólo a clásicos como Weber y Marx, un rasgo común de sus conceptualizaciones sobre el capitalismo y de sus respectivas versiones acerca del surgimiento de éste en la historia, es la separación (por relativa que sea) de los ámbitos económico y político, del poder político y el económico, de los procesos y sistemas de explotación y de dominación. No sólo se replantean aquí que las relaciones siempre problemáticas para la investigación empírica entre dichos binomios, sean vistas como parte de un análisis de élites o clases, estructural o coyuntural. El punto importante es que exige un replanteamiento de la concepción de las relaciones entre tales binomios. Una vez reconocida la especificidad de cada lado en estas dicotomías, lo que define al capitalismo no es la separación entre ellas, sino la forma específica de relaciones que establecen. Si lo que hace el capitalismo es “ahogar o controlar” las fuerzas del mercado, nunca podrá hacerlo sin la ayuda del Estado, sin una “garantía política”.

La tercera consecuencia del planteamiento de Braudel, según Wallerstein, es la necesidad de limitar el entusiasmo con que se enfrentan los avances tecnológicos. Es conocido el papel preponderante que la innovación tecnológica tiene en las explicaciones de la dinámica del capitalismo para Smith y Marx, pero “cada gran paso adelante de la tecnología le da un nuevo impulso al sector monopolista”. Esto tiene que ver con la dinámica global del sistema, a la cual habrá que regresar después de examinar algunos otros aspectos del planteamiento de Wallerstein.

2. LA NOCIÓN DE “SISTEMA” Y SUS LÓGICAS

Una crítica muy fuerte dirigida a la noción de sistema mundial fue el declarar la categoría de “sistema” como “fuera de moda”. Esto obliga a precisar las características del sistema del que se habla y a mostrar en la práctica el análisis de los hechos, es decir, el valor del modelo teórico propuesto con esas características. En lo que se podría considerar un intento por cumplir con estas tareas, Wallerstein ha escrito un número de artículos sobre distintos aspectos de lo que él considera la evolución global del sistema y, en particular, intentando mostrar la contribución que la aplicación de su teoría puede hacer a la comprensión de fenómenos contemporáneos.

La precisión acerca de su noción de sistema lo lleva a definiciones que muestran la complejidad de su estructura y la potencialidad explicativa de los mecanismos dinámicos asociados con la noción de sistema. Para esto presenta una periodización general de la evolución de la economía-mundo capitalista a

través de la caracterización del poder hegemónico en cada uno de esos períodos. La ubicación temporal de este sistema histórico va del siglo XVI (1450-1640) al presente. Sus límites espaciales en el origen incluían a Europa (o la mayor parte de ella) y las colonias españolas de América, expandiéndose subsecuentemente hasta cubrir todo el planeta. El denominar esto un “sistema” supone considerar que es una totalidad que ha sido relativamente autónoma a fuerzas externas o, lo que es más o menos equivalente, que sus pautas son en gran medida explicables en términos de su dinámica interna. El suponer que este sistema es histórico implica asumir que tuvo un origen, un desarrollo y que algún día dejaría de existir, ya sea porque se desintegre o porque sufra una transformación fundamental. La dinámica de este sistema se manifiesta en cambios cíclicos, en sus características que son una manifestación de estructuras que aseguran la repetición de pautas con ritmos cíclicos. Sin embargo, al ser un sistema histórico, ningún movimiento cíclico lo devuelve a un punto de equilibrio, más bien lo mueven a lo largo de varios continuos que pueden ser considerados tendencias seculares. Esas tendencias deben culminar, eventualmente, en una imposibilidad de absorber más reparaciones de dislocaciones estructurales a través de mecanismos de restauración, produciéndose en ese punto lo que algunos llaman “turbulencia bifurcadora” y otros “transformación de cantidad en calidad” (Wallerstein, 1984: 37).

Las características sustantivas del trabajo de Wallerstein se pueden sintetizar en, primero, el modo de producción de este sistema histórico es capitalista, lo cual quiere decir que está definido por la incesante acumulación de capital. Segundo, su estructura está constituida por una división social del trabajo que muestra una tensión centro/periferia basada en el intercambio desigual. Tercero, la superestructura política de este sistema está constituida por un conjunto o red de estados supuestamente soberanos, definidos y restringidos al mismo tiempo por su pertenencia a un sistema interestatal. Los patrones de operación de este sistema interestatal incluyen mecanismos de balance de poder que impiden que algún estado individual pueda transformar al conjunto del sistema en un imperio mundial, haciendo coincidir sus límites políticos con los de la división del trabajo. Ha habido intentos en ese sentido, pero todos han fracasado. Sin embargo, lo que ha tenido éxito, aun cuando sólo por breves períodos, son los intentos de algunos estados por establecer su hegemonía sobre el sistema. Los únicos tres intentos exitosos de establecer tales hegemonías han sido: los holandeses (las Provincias

Unidas) a mediados del siglo XVII, los ingleses (Reino Unido) a mediados del siglo XIX, y los norteamericanos (Estados Unidos de Norteamérica) a mediados del siglo XX.

La definición del período actual que ofrece Wallerstein es la declinación de la hegemonía norteamericana, por lo cual es conveniente examinar su concepción sobre cómo surgen, cómo se imponen y cómo declinan las hegemonías en el sistema mundial capitalista. En primer lugar es necesario precisar qué entiende por hegemonía en el sistema interestatal. Su definición descriptiva es la de una situación de desbalance en la rivalidad entre los grandes poderes que coloca a uno de ellos en una ventaja indiscutida, que le permite imponerse en los terrenos económico, político, militar, diplomático e, incluso, cultural. La base material de ese poder descansa en la capacidad de las empresas domiciliadas en ese país, en ese poder, para operar más eficientemente que las de cualquier otro en los tres principales ámbitos económicos: la producción agrícola e industrial, el comercio y las finanzas. La ventaja en eficiencia de esas empresas debe ser tan grande que les permita no sólo superar a las empresas de cualquier otro poder en el mercado mundial en general, sino en su propio terreno, en los mercados domésticos de esos poderes.

Esta situación de hegemonía presupone una gran diferencia de poder entre el estado hegemónico y sus competidores, actuales y potenciales, pero aún así no significa que la potencia hegemónica sea omnipotente. Tampoco significa que pueda estar en una situación estable, o un estado del sistema que alcance cierta permanencia. Más bien se trata de una situación extrema, a la que pueden conducir las fluctuaciones permanentes que ocurren en él. La situación estadísticamente “normal” del sistema es la coexistencia de varios poderes, agrupados más o menos en dos campos, pero con varios elementos oscilantes o neutrales entre ellos y sin que ninguno de los dos sea capaz de imponer su voluntad al otro. En el otro extremo del continuo, del cual esta situación normal ocupa el centro, se encontraría una situación de dispersión de varios poderes, más o menos equivalentes en fuerza, y que no constituyen agrupamientos claros y son más o menos permanentes, situación que también resulta rara e inestable.

La razón por la que se atribuye tanta importancia a las situaciones de hegemonía es que permiten ver, por su propia inestabilidad y la especificidad de las circunstancias en que surgen, algunas características del proceso de desarrollo de la economía-mundo capitalista. El análisis de los tres casos históricos de

hegemonía del sistema interestatal permite distinguir semejanzas y diferencias. Siendo estos casos tres puntos en la evolución de un mismo sistema, es obvio que la estructura general era diferente en cada uno de ellos, pudiendo considerar esto como el resultado de las tendencias seculares del sistema mundial, lo cual no resta realidad a las analogías, reflejo de los ritmos cíclicos del mismo sistema.

Una primera regularidad en los procesos de elevación de un poder a la hegemonía del sistema es el orden que alcanzan y pierden las ventajas en que se basa esa hegemonía; primero en la producción agrícola e industrial, después en el comercio y luego en las finanzas. La hegemonía queda limitada al corto período en que la potencia en cuestión goza simultáneamente de la ventaja en los tres dominios (Wallerstein, 1980, capítulo 2).

Una segunda regularidad es la ideología “liberal” que propone la potencia hegemónica. Durante su período de hegemonía estas potencias se vuelven partidarias de la libre circulación de los factores de producción por toda la economía mundial (no sin excepciones), pero suelen llevar su liberalismo hasta el campo de la política, proponiendo la extensión de las instituciones democráticas, al mismo tiempo, que se oponen a las restricciones mercantilistas para el libre comercio. Todo ello acepta excepciones, de acuerdo con sus intereses, pero es sorprendente que la ideología liberal floreció en esos países, en momentos precisos.

La tercera regularidad la constituye el patrón de desarrollo del poder militar. Los tres poderes hegemónicos fueron poderes marítimos (hoy marítimo/aéreo). Los tres se vieron obligados a desarrollar también un poderoso ejército de tierra, a pesar de su abierta reticencia a invertir ingresos y fuerza de trabajo en grandes cantidades, al tener que enfrentar la amenaza de un poder competidor con una base territorial importante.

En cada caso, asegurar la hegemonía requirió de una guerra mundial de treinta años. (Con restricciones, se entiende como guerra mundial una que involucra a los principales poderes militares de la época en una guerra territorial que resulta muy destructiva en términos de tierra y gente). La primera de estas fue la guerra de Treinta Años, de 1618 a 1648, en que los intereses holandeses triunfaron sobre los Habsburgo en la economía mundial. La segunda fueron las Guerras Napoleónicas, de 1792 a 1815 (Wallerstein, 1989, capítulo 2), en que los intereses británicos derrotaron a los franceses, y la tercera son las largas guerras euroasiáticas de 1914 a 1945, en las que los intereses norteamericanos derrotaron a los alemanes.

El resultado de cada guerra mundial incluyó una restructuración del sistema interestatal de acuerdo con las necesidades de estabilidad relativa del nuevo poder hegemónico, (Tratados de Westfalia, Congreso de Viena, las Naciones Unidas y Bretton Woods). Una vez que la posición hegemónica comienza a ser erosionada económicamente (la pérdida de la ventaja en eficiencia productiva agrícola e industrial), y comienza la declinación de una potencia, una consecuencia parece ser la erosión de las redes de alianzas y, finalmente, su redefinición.

En el largo período que sigue a una hegemonía, parecen emerger dos poderes en competencia por la sucesión -Inglaterra y Francia después de la hegemonía holandesa; los Estados Unidos de Norteamérica y Alemania después de la hegemonía británica y, ahora, Japón y Europa Occidental después de la hegemonía norteamericana. Más aún, el eventual ganador de entre el par de contendientes parece usar como parte consciente de su estrategia el transformar suavemente al anterior poder hegemónico en su socio menor, los ingleses respecto de los holandeses y los norteamericanos respecto de los ingleses.

Esta sucesión de hegemonías es sólo parte del papel protagónico que la política juega en el capitalismo. Entre los mitos creados por los ideólogos del capitalismo, y aceptados por sus críticos decimonónicos, destaca como un rasgo central del modo de producción la no interferencia de la maquinaria política con el mercado. De hecho, el capitalismo se caracteriza por la circulación *parcialmente* libre de los factores de producción y la interferencia *selectiva* de la maquinaria política en el mercado. La hegemonía es un ejemplo de esto último. El criterio de selección de las formas de interferencia política en el mercado se centra en los requerimientos de la acumulación de capital en todo el sistema. Esto hace que cambien de acuerdo con los costos políticos y económicos que las clases dominantes del centro del sistema deberán enfrentar, para mantener la situación o cambiarla, una vez perdida la ventaja económica que fundamenta la posición hegemónica de un estado.

Con este resumen de las posiciones de Wallerstein, se puede comprender que su análisis sobre la situación actual del sistema mundial esté definido por su caracterización del período como la declinación de la hegemonía norteamericana. Algunas de las predicciones posibles se encuentran implícitas en su descripción de las regularidades de los procesos de ascenso y declinación de los poderes hegemónicos en el sistema interestatal. Después de todo, los norteamericanos sólo han perdido, por el momento, su ventaja en la eficiencia productiva y la competencia entre los

candidatos a sucesores sólo comienza.

Al margen del contenido sustantivo de estos análisis, hay un potencial heurístico en la propuesta teórico-metodológica de Wallerstein que debería ser aprovechado en las ciencias sociales latinoamericanas por varias razones. La primera, expuesta al comenzar, es la relación entre los planteamientos de Wallerstein y la producción de las ciencias sociales latinoamericanas. Segundo, la posibilidad de discutir la situación actual desde un punto de vista que no comienza por aceptar la fatalidad del liberalismo dominante. Tercero, la capacidad explicativa del modelo frente a eventos que requieren ser examinados en un marco que los haga más comprensibles, por ejemplo, los movimientos de 1968 y sus consecuencias políticas, ideológicas y culturales. En estas últimas está la aparición de nuevas propuestas en el campo científico, con indudables derivaciones epistemológicas. Para Wallerstein, su modelo de sistema histórico es de alguna manera análogo a los sistemas complejos definidos por Prigogine y, más importante aún, la dialéctica del movimiento del sistema puede ser descrita en términos de oscilaciones, que hacen impredecible el resultado del proceso, pero que en un estado disipativo crean el mayor espacio disponible para que los actores ejerzan su libertad.

Sobre estos temas han versado los trabajos de Wallerstein como presidente de la Asociación Internacional de Sociología en la década de los ochentas y posteriormente.

Todo esto forma parte de su cuestionamiento a la ideología dominante en el campo de las ciencias sociales y de su propuesta de reorganización de la investigación alrededor de una ciencia social histórica.

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras de Immanuel Wallerstein

- Wallerstein, Immanuel (1974). *The Modern World System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Vol. I, New York: Academic Press. (Publicado en 1979 en español por Siglo XXI Editores, España).
- _____ (1980). *The Modern World System. Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. Vol. II New York: Academic Press. (Publicado en 1984 en español por Siglo XXI Editores, México).
- _____ (1989) *The Modern World System. The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s*. Vol. III. New

York: Academic Press. (Publicado en 1998 en español por Siglo XXI Editores, México).

_____. (1979). *The Capitalist World-Economy. Essays by Immanuel Wallerstein*. Cambridge: Cambridge University Press.

_____. (1984). *The Politics of the World-Economy. The States, the Movements and the Civilizations*. Cambridge: Cambridge University Press.

_____. (1988). *El capitalismo histórico*. Madrid, España: Siglo XXI Editores.

_____. (1991a). *Geopolitics and Geoculture. Essays on the changing world-system*. Cambridge: Cambridge University Press.

_____. (1991b). *Unthinking Social Science. The Limits of Nineteenth Century Paradigms*. Cambridge: Polity Press.

_____. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo: El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.

_____. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa, .

_____. (2005a). *La crisis estructural del capitalismo*. México: Contrahistorias.

_____. (2005b). *Análisis del sistema mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI Editores.

_____. (2005c). *La decadencia del poder estadounidense*. México: Editorial ERA.

Wallerstein, et. al(1996). *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*. Stanford, California: Stanford Univesity Press.

2. Otros autores

Braudel, Fernand (1984). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV – XVIII*. (3 volúmenes) Madrid: Alianza Editorial.

Braudel, Fernand (1986). *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, Breviarios N° 427.

Braudel, Fernand (1994). *Una lección de historia*. Madrid: Mondadori, .

Deutsch, Karl (1981). “Innovaciones básicas en las ciencias sociales, 1900 – 1965”, en *Ciencia y Desarrollo*, julio–agosto de 1981, N° 39, año VII, pp. 33-36. México: CONACYT.

Dosman, Edgar J. (2008) *The Life and Times of Raúl Prebisch 1901 – 1086*. Canadá: McGill- Queen’s University Press.

Debray, Regis (1967). *¿Revolución en la revolución?* La Habana: Cuadernos de Casa de las Américas.

Franco, Rolando (2007). *La FLACSO clásica (1957–1973)*. Santiago de Chile: Flasco–Catalonia.

Frank, Andre Gunder (1971). *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. Gran Bretaña: Pelican Books.

O’Donnell, Guillermo (1977). “Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XXXIX, N°1, enero–marzo de 1977.

Skocpol, Theda, Morris Janowitz, Joan Thirsk (contribuciones individuales) (s/f) Review Symposium en *American Journal of Sociology*, Vol. 82, N° 5, pp. 1075–1102.

Tello, Carlos y Julio Ibarra (2010). *La revolución de los ricos*. México: UNAM.

Yocelvezky, Ricardo (1997). “La ideología del desarrollo nacional en las ciencias sociales latinoamericanas”, en *Política y Cultura*, N° 8, primavera 97, UAM–Xochimilco.